

Español - portugués.

O. Com. photos VI 1

4-33

("El Día Gráfico", Barcelona, 29 agosto 1914).

NUESTROS COLABORADORES

Deferente *EL DIA GRÁFICO* con todas las ideas, respetará, en esta sección, las opiniones de sus colaboradores, aun cuando en ocasiones no participe de ellas.

ESPAÑOL - PORTUGUÉS



Llevo un mes ya en este pueblo costero de la tierra portuguesa, antigua conocida y amiga mía, entre una colonia de bañistas salmantinos y extremeños que acuden acá a respirar frescura marina y huyendo del achicharradero de la meseta.

Y, según mi costumbre, me he procurado en seguida hombres portugueses y libros portugueses que me hablen de sus cosas pasadas, presentes y aún futuras. Pues no acabo de comprender a esos veraneantes españoles que vienen acá a continuar sus tertulias de miséricordias de campanario, a no querer enterarse de lo que les rodea y a volverse a España repitiendo a cuenta de Portugal y de los portugueses las tonterías de rigor.

Es realmente insoportable eso del tipo ya convencional, caricaturesco, de escenario, de cada pueblo se forman los demás. Suele ser un estigma de ignorancia y de mala voluntad y peor fe para aquél que lo forja. ¿Quién no ha oído lo del portugués finchado, lo de «te perdono la vida, castellano, si me sacas de este pozo», lo de los «cuatrocentos pés de caballo» y otras ineptias por el estilo? Y, sin embargo, tengo que repetirlo una vez más; a lo que en España se llama portuguesadas llaman aquí, en Portugal, «hespanholadas», y tenemos razón unos y otros en cuanto uno ve en su vecino lo que nos es común. No es Portugal el peor espejo para un español.

Busco aquí la conversación y el trato de los portugueses, como lo he hecho siempre en esta tierra, y hablamos, ¡naturalmente! cada uno en nuestra lengua. Y nos entendemos perfectamente. Y esto no sólo me sucede a mí que llevo años leyendo y oyendo portugués y si se terciara el caso lo hablo—aunque no lo haga por una razón de economía de esfuerzo—esto mismo le sucede a cualquier español que no sea muy torpe de oído y corto de entendaderas. Aunque hay que confesar que ellos, los portugueses, nos entienden a nosotros, a los que hablamos castellano, mucho mejor que nosotros a ellos. La razón estriba en la fo-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SALAES

nética. Son dos lenguas que habladas se diferencian mucho más que escritas. El castellano apenas tiene sino cinco vocales, muy claras, muy cortantes, muy definidas, poco confundibles, mientras que el portugués tiene una extensa gama vocal. («Dazanove vocaes», diecinueve vocales! me decía un amigo portugués).

Con esto se comprende que escribiera yo hace poco en un prólogo a una traducción castellana—y excelente, por cierto—del hermoso poema de Eugenio de Castro «Constança» que

no debe traducirse portugués. Todo español culto debe hacer el pequeño esfuerzo necesario para poder leer portugués. Lo que se haría si en vez de esos diccionarios, como el del vizconde de Wikdik, en que se incluye las palabras comunes o fácilmente transportables de una a otra lengua, mediante pequeñísimas transformaciones, se publicara vocabularios que después de un breve tratado de las correspondencias fonéticas incluyesen sólo aquello que sea ininteligible aún así. Es ridículo que esos diccionarios traigan palabras como v. gr. agua, cavallo, baca, etc., etc., etc. y aún coisa, tairo, oiro y otras así.

Sabido es que en el siglo XVII y aun en el XVI fueron muchos los portugueses que escribieron en castellano. Gil Vicente, el único dramaturgo lusitano de algún valor, en castellano escribió muchas de sus piezas; Camoens no pocos sonetos, y pasa por un modelo de prosa castellana la «Historia del movimiento y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV», del portugués Francisco Manuel de Melo. Y no sé que a ningún portugués se le haya ocurrido traducir ninguna de esas obras a su lengua, empresa tan ridícula como la del que se ha propuesto, según me han dicho, traducir a Balmes y a Pí y Margall al catalán. Y tan ridícula como la de un cierto padre dominico, editor reciente de las obras del P. F. Luis de Granada, que da traducido al castellano lo que el gran hablista escribió en portugués en los años que vivió en Portugal, donde muriera.

En uno de mis primeros viajes a esta tierra, me aseguraron que en alguna Facultad de Medicina de por acá se estudiaba a Ramón y Cajal traducido... al francés. No pude comprobarlo. Pero lo que sí he experimentado es encontrarme con portugueses que me invitaban a que nos entendiéramos en francés y luego resultaba que no ya sólo comprendían perfecta-



mente el castellano sino que lo hablaban con relativa perfección y muy claro. Y conservo una obra de un distinguidísimo médico lisboense que me la ofreció con una dedicatoria en francés y acompañándola con una carta en francés también. «Escribámonos cada uno en nuestra lengua—le dije—que en rigor y en el fondo son una misma».

Estos días he leído un artículo de un cronista portugués, publicado primero en un periódico brasileño, en que el autor aboga porque los portugueses se hagan, como él dice que se han hecho los japoneses, bilingües y adopten por segunda lengua, por lengua de cultura—esta expresión es mía—el... ¡inglés!

Y cree que llegarán con eso a hacerse un alma doble como si se pudiese cambiar de piel, o más bien de carne, con tanta facilidad como de camisa. La solución es mucho más sencilla, aunque no quiera que se le ocurra a ese cronista que en otra parte habla de la conquista de Galicia—a la que un amigo mío portugués llama la Alsacia portuguesa!—y la solución es que hablando portugués cabe decir que se habla español y el español es y será cada vez más, gracias sobre todo a América, una lengua de expansión mundial y para poder correr con ella todas las tierras cultas.

Estas cuestiones y luchas de lenguas son en rigor las más candentes. En el fondo los pueblos que pelean unos con otros no pelean, aunque ellos no lo sepan ni lo crean, sino por el predominio de una lengua. Que A conquiste a B o B conquiste a A sólo significa que los de A hablen la lengua B o que los de B hablen la lengua A. Y si Polonia resucita, como nacionalidad será porque ha sabido conservar su lengua polaca contra los embates curiosos de la alemana principalmente. Y es triste cosa toda aparente independencia en que se vende el alma para conservar el cuerpo.

El español y el portugués son dos lenguas que ni aquí ni en América pueden llegar a conflicto y lucha. Todo choque entre ellas acabaría—o acabará, ¿quién sabe?—en una penetración mútua; el español se aportuguesaría más o menos, el portugués se castellanizaría. Sería una obra de integración. Así se fundieron en el castellano los antiguos leonés y el aragonés, no sin dejar algún rastro en él; así se están fundiendo el gallego y el valenciano. Y no añado a esto más.



No hay sino ver—y esto que aquí indico de paso es algo a que quiero volver más despacio—que entre las muchas ventajas que la lengua inglesa le lleva a la alemana es la mayor acaso la de ser una lengua de inclusión, y no de exclusión como esta segunda. El inglés es la lengua integradora por excelencia y hoy por hoy la más viva fusión del latinismo con el germanismo. Y por eso vence, en virtud propia y sin necesidad de apoyo de armas, a la pesada y hermética lengua alemana, excelente instrumento para sutilezas metafísicas, pero muy torpe para los comunes usos de la vida corriente.

Es insigne torpeza querer acusar y acentuar contra el natural proceso de integración diferencias en gran parte artificiales y debidas más que a otra cosa a la inextinguible e inagotable vanidad de los literatos. Y en esto no se llega hasta la caricatura. Los más de los portugueses cultos y eruditos desean la reforma de su arcaizante ortografía, acercando ésta a la fonética, como se hace—a pesar de la Real Academia de la Lengua—en castellano y se hace en italiano, pero no falta portugués que defiende el que se siga escribiendo «typographia», pongo por caso, no más que por escribirse en castellano tipografía. Como no sea por galicismo ortográfico.

Estoy leyendo el interesantísimo libro de la «Peregrinação», por tierras del extremo oriente que escribió en la segunda mitad del siglo XVI Fernán Méndez Pinto, el primer europeo que habló del Japón, adonde llegó en 1542, y el Sr. Brito Rebello, anotador de la nueva edición, de 1909, se permite corregir de la primera, la de 1614, algunos que otros españolismos perfectamente inteligibles para los portugueses de hoy. Si Fernán Méndez Pinto escribió «impáda» a qué conduce poner «peça»? Y si escribió «hábles» para qué corregir «chabéis»? ¿A qué conduce poner «batismo» donde el autor escribió «bautismo»? Y otras cosas así. Y en todo caso lo correcto, lo honrado en un editor erudito, era dejar el texto como estaba y poner las correcciones—ridículas como son—en nota y no hacer lo contrario como el Sr. Brito Rebello hace. Esto aparte de otros ridiculísimos melindres como corregir donde dice «por razão» escribiendo: «como razão» a título de... cacofonía!



Español - portugués.

5
-



Eso de la cacofonía es de lo más grotesco que puede darse. Porque suena mal «por razón?» Es decir, no sé que suene mal. Váyase eso de las cacofonías, siempre subjetivo y casi nunca natural, para los que pertenecen a la frasca de aquel desgraciado que no hace mucho repitiendo cuatro necias tonterías a cuenta del tipo convencional del castellano acababa diciendo que en la lengua castellana no se puede cantar! ¡Dios le arregle los oídos a ese energúmeno de la diferenciación artificial y tá contrapelo!

Ignacio del Villar

Magdalena da Foz, 22-VIII-14.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES